

# La construcción social del capitalismo de vigilancia: el huevo de la serpiente revisitado<sup>1</sup>

## Social construction of surveillance capitalism: the serpent's egg revisited

**Alejandro Espinosa Yáñez**

*Universidad Autónoma Metropolitana*

(Fecha de recepción, 25 de enero de 2021, Fecha de aprobación, 28 de marzo de 2021)

*“gracias al consumo y la diversión,  
los esclavos amarán su esclavitud”*  
Aldous Huxley

### Resumen

La pandemia COVID-19 nos descolocó. Acompañada con un confinamiento diverso en distintas realidades, pone en evidencia que las desigualdades entre naciones y al interior de cada una de ellas, son la marca de los tiempos. En México, aunque es un fenómeno global, una parte de la población puede quedarse en casa —atendiendo los llamados enfáticos del gobierno, a no salir de casa—, otra, irremediamente, continúa sus actividades laborales. Otro indicador de la desigualdad se aprecia en el acceso a la tecnologías de la información y la comunicación. No es casual la disminución de las matrículas escolares en todos los niveles. En medio del desastre, los gigantes de las tecnologías digitales son los ganadores, ocupando las listas de los más ricos del mundo, ensanchando su modelo de negocios y su capacidad de penetración, correlato de una presencia amplia de sujetos sujetos a las pantallas de ordenadores y móviles. No puede desligarse lo enunciado, de la lógica del capital. Es parte de lo que recorreremos en este documento, bajo dos supuestos: la vigilancia es parte inherente del capital; la expansión-seducción-adicción a la tecnología digital, consolidando las corporaciones, es el producto de la gestación de contradicciones y rasgaduras sociales, materializándose en encauzamiento, control, castigo, “normalización”.

**Palabras clave:** control, encauzamiento, vigilancia jerárquica, corporaciones.

### Abstract

*COVID-19 pandemic, also known as the coronavirus pandemic, unsettled us everywhere. Along with diverse confinement in different realities, it reveals that inequalities, among and within nations, are distinctive of the present times. In Mexico, although is general, one part of the population can stay at home —following government's emphatic calls to achieve it—, another, irremediably goes on with their labor activities. Another indicator of inequality is appreciated in the access to ICTs (Information and Communication Technologies). It is not fortuitous that school enrollment at all levels has significantly decreased. Amid the disaster, information technology giants are the winners, being part of the lists of world richest people, broadening their business model and their penetration ability, consequence of a wide presence of subjected subjects to the screens of computers and cellphones. These statements cannot be disengaged from the logic of capital. We will show in this document part of it, under two assumptions: surveillance is an inherent part of capital; digital technologies expansion-seduction-addiction, which consolidates corporations, is the product of the development of social contradictions and wounds, materialized in steering, control, punishment, “normalization”.*

**Keywords:** control, steering, hierarchical surveillance, corporations.

## Hablar de capitalismo de la vigilancia es una redundancia

**P**redecir el comportamiento, encauzar al sujeto, son parte de las tareas ordinarias desde la lógica del capital. La vigilancia es inherente al capital. Más todavía, la vigilancia y el encauzamiento, mirando la historia larga, forman parte de la socialización humana, se subsumen en ella. Recordemos las palabras del historiador E. Carr (1984: 41 y 42):

En cuanto nacemos, empieza el mundo a obrar en nosotros, a transformarnos en unidades sociales, de meras unidades biológicas que éramos. Cada uno de los seres humanos, en cada una de las fases de la historia o de la prehistoria, nace en el seno de una sociedad, que le moldea desde su más temprana edad. El idioma que habla no es herencia individual, sino adquisición social del grupo en que nace. Tanto el lenguaje como el ambiente contribuyen a determinar el carácter de su pensamiento; sus primeras ideas le vienen de los demás. Como muy bien se ha dicho, el individuo apartado de la sociedad carecería de lenguaje y de pensamiento.

Continuando esta saga, es más que conocido el planteo de Etzioni, sobre todo en disciplinas ligadas al estudio de las organizaciones: “Nacemos dentro de organizaciones, somos educados por ellas y la mayor parte de nosotros consumimos buena parte de nuestra vida trabajando para organizaciones. Empleamos gran parte de nuestro tiempo libre gastando, jugando y rezando en organizaciones. La mayoría de nosotros morirá dentro de una organización” (Etzioni, 1986: 1). Bajo esta premisa, y con la base material del modo de producción capitalista, Braverman (1978: 168) apuntaba que: “La transformación de la humanidad trabajadora en ‘fuerza de trabajo’, en un ‘factor de producción’, en un instrumento del capital, es un proceso incesante y sin fin”.

Reafirmamos, pues, que capitalismo es vigilancia, encauzamiento, control, castigo, “normalización”, con las materializaciones históricas respectivas. Lo estático no es parte del capitalismo. Los apuntes sobre la obtención de plusvalía relativa

y plusvalía extraordinaria —que en otras narrativas aluden a las innovaciones tecnológicas, como herencia teórica de Schumpeter y la destrucción creativa, sin hablar del plusvalor, de la explotación—, ponen sobre la escena eso, al capitalismo en parte de su dinámica. Pero ampliando el horizonte, la reflexión de Marx (1976: 146) en “Proceso de trabajo y proceso de valorización”, abre una rendija analítica para articular a lo económico con lo social, al señalar: “Si comparamos el *proceso de creación de valor* y el *proceso de valorización* de un valor existente, vemos que el proceso de valorización no es más que el mismo proceso de creación de valor *prolongado* a partir de un determinado punto”, concluyendo Marx que “(...) la plusvalía sólo brota mediante un exceso *cuantitativo* de trabajo, *prolongado la duración del mismo proceso de trabajo*”. Se trata, pues, de explotación y dominación articuladas,<sup>2</sup> proceso que se presenta sistemáticamente, por lo que no solamente hay producción de mercancías o generación de plusvalía, “sino que produce y reproduce el mismo *régimen del capital*: de una parte *al capitalista* y de la otra *al obrero asalariado*” (Marx, 1976: 487), condición histórica que exige al capital producir una de las materias primas-mercancías más preciadas: la fuerza de trabajo, con toda la complejidad que esto significa en la tarea sistemática de “ajustar el obrero al trabajo en su forma capitalista, para superar la resistencia natural intensificada por los rápidos cambios de la tecnología, las relaciones sociales antagónicas y la sucesión de las generaciones, no termina por tanto con la ‘organización científica del trabajo’, sino que se convierte en un rasgo permanente de la sociedad capitalista” (Braverman, 1987: 168 y 169).<sup>3</sup> En el contexto en que se aplica la “organización científica del trabajo” o administración científica del trabajo (ACT), se incorpora y adapta a un nuevo hábito, siguiendo el sentido de H. Münsterberg (Cf. Braverman, 1987) una amplia generación de trabajadores, que forman parte de las condiciones objetivas y subjetivas necesarias para la reproducción del capital. No solamente generaciones como grupos de edad, sino como destacamentos de colectivos que comparten experiencias, viven frente a condiciones tecnológicas determinadas, accedan a ellas o no, así como tienen influencia del contexto histórico, con cierto nivel de autonomía de las cohortes a que pertenezcan.

Para la gestión de los centros de trabajo y el encauzamiento productivo y ordenado, en los albores del siglo XX el reto principal para el capital consistía en expropiar cualquier viso de control del proceso de trabajo por parte de los operarios. Así, los saberes, experiencias, y con esto el orgullo de dominar una actividad, se subordinaron a la tutela de la ACT. El control del proceso de trabajo será una tarea central desde esos lejanos años. Esto no implica soslayar el relieve de la bisagra tiempo-espacio, que se tradujo en la introducción del tiempo industrial debajo de la gorra de los operarios (parafraseando a Montgomery en Coriat, 1984).

Previo al ingreso de los trabajadores a los centros laborales, la psicología industrial acompaña la preocupación del capital con la instrumentación de pruebas psicológicas —un modelo darwinista industrial de selección de los más aptos—, más allá de sus limitaciones, historia que revestida en sus argumentos continúa. Ya dentro de las organizaciones, el proceso de socialización hace su tarea, pues “(en las prisiones, los cuarteles y en todas las “instituciones totales”, la gente se va adaptando a la institución y, en cierta forma, acaba por hacerse a ella), es decir, el proceso por el cual los trabajadores se apropian de su empresa, y ella se apropia de ellos, se adueñan de su instrumento de trabajo y éste de ellos, se apropian de sus tradiciones obreras y éstas de ellos” (Bourdieu, 1990: 267).

Ubicándonos en la historia de principios del siglo XX, a la par del control sobre los trabajadores —estandarización de herramientas, manuales de procedimientos, división extrema de la tarea, introducción de la banda de montaje, entre otras (con la desvalorización del trabajador en el sentido completo del término, es decir, manifiesta asimismo en la reducción de ingresos)—, desde la economía, para las fuerzas hegemónicas del capital, reconociendo procesos de acumulación de capital en proporciones gigantes, así como la existencia de un voluminoso excedente de capital (*cf.* Lenin, 1916: 42), pongamos atención en un hecho histórico crucial:

Las asociaciones monopolistas de capitalistas (cárteles, consorcios, trusts) se reparten entre ellas, en primer lugar, el mercado doméstico, haciéndose de forma más o menos total con la producción del país. Pero, bajo el

capitalismo, el mercado interior está ligado inevitablemente al exterior. Ya hace tiempo que el capitalismo creó un mercado mundial. Y a medida que se acrecentaba la exportación de capitales y que se expandían las ‘esferas de influencia’ y las conexiones con el extranjero y las colonias de las grandes asociaciones monopolistas, el rumbo ‘natural’ de las cosas ha conducido al acuerdo internacional entre éstas, a la formación de cárteles internacionales.

Citar a Lenin seguramente no es bien visto por parte de la academia; a estas alturas parece un despropósito. En esa franja de la historia en la que se inauguraba un nuevo siglo, vale recordar que se argumentaba que se trataba de una fase superior del capitalismo,<sup>4</sup> que aceleraba, por un lado, el proceso de tránsito de la manufactura a la gran industria, mientras que, por otro, raspaba la narrativa de A. Smith de la mano invisible del mercado, por la gravitación de los monopolios en las economías centrales, y con ello la dilución de la competencia en general. A poco más de cien años de esos procesos, podemos apreciar la reformulación del capital, lo que desembocó en un nuevo capitalismo.

El proceso de concentración al que se refería Lenin está vigente, incluso se ha agudizado,<sup>5</sup> dada la estimulación en los monopolios de la captura de las fuentes más importantes de materias primas —en el Informe Bloomberg, como veremos más adelante, hacen referencia del “imperio Zuckerberg”, matices incluidos—. Y de nueva cuenta, pensar en las materias primas es de manera amplia, incluyendo a hombres y mujeres en condiciones históricas.

En el contexto de la pandemia, los principales ganadores son las grandes corporaciones en general y, en particular, las ligadas a las Tecnologías de la Información y la Comunicación, sus dueños y accionistas. En los datos del último Informe de Bloomberg, que se revisaron indirectamente en una fuente secundaria al elaborar el presente texto,<sup>6</sup> hay datos de primer orden: si bien Bill Gates, el fundador de Microsoft, sigue siendo la persona más rica del planeta, con una suma total de 86 mil 400 cuatrocientos millones, Jeff Bezos, fundador de Amazon, encabeza la lista de los que más han ganado desde 2015 al corte, en el sector tecnológico, encabezando el quinto lugar en riqueza del mundo. Marc Zuckerberg (Facebook), la red social más

grande del mundo (se alude a más de mil millones de usuarios), sumó en 2015, 10 mil 400 millones de dólares a su cuenta bancaria. Pero el poder tentacular es más amplio, dado que hay que agregar otras empresas al “imperio Zuckerberg” —como se plantea en el Informe Bloomberg—, destacando WhatsApp, Oculus e Instagram. Larry Page y Sergey Brin, fundadores de Google, también viven momentos de gloria. En su papel de buscador, Google rebasa cada 24 horas más de 3 mil millones de búsquedas.<sup>8</sup> Ocupando un lugar más alejado, pero en tierra de gigantes, se encuentran los mexicanos Carlos Slim en el lugar 23, Ricardo Salinas ocupa el 164, en tanto Alberto Bailleres se ubica en el 199. Las repercusiones en las alzas accionarias fueron una constante para estos gigantes de la tecnología.

Empero, también en la pandemia hay perdedores, excluidos, los “condenados de la tierra” a no alcanzar la nube. Como se apuntaba en una colaboración periodística, en la que aquí nos apoyamos (Espinosa, 2020a), el tener o no computadora y acceso a Internet en México, a pesar de la masificación en sus usos, sigue siendo un indicador de la desigualdad social. Hagamos un breve recorrido con base en los datos del Módulo sobre Disponibilidad y Uso de Tecnologías de la Información en los Hogares (MODUTIH) y de la Encuesta Nacional sobre Disponibilidad y Uso de TIC en Hogares (ENDUTIH), ambos del INEGI.

En 2001, 11,8 % de los hogares tenía computadora, y 6,2% conexión a Internet. Esto en 2001. Se trata de un proceso de crecimiento paulatino de acceso a este equipamiento, más allá de coyunturas de crisis económica o de vaivenes sexenales. En 2019, previo a este confinamiento que ha llevado al mundo a un encapsulamiento (con una intromisión de lo tecnológico como nunca se había vivido, motivo de reflexión en las siguientes páginas) desde hace varios meses, en 2019, 44.3% de los hogares contaban con computadora, en tanto la conexión a Internet era de 56.4%, la abrumadora mayoría en banda ancha. Se aprecia una tasa de crecimiento exponencial en ambos casos. En el antes de la pandemia, de cada 100 hogares, en 56 no había computadora, en tanto la desconexión a Internet alcanzaba 44 hogares de cada 100.

Dentro de los hogares que cuentan con computadora, pero no con conexión a Internet, al indagar

las razones que esgrimen los pobladores, destacan en primer lugar la falta de recursos económicos. Es el caso para el 2002, con 51.4%, en tanto que en 2019, es 50.7%, siguiendo el que no les interesa o no lo necesitan, desconocen sus usos y utilidades y en un aspecto no menor, se argumenta la falta de proveedores de este servicio. No hay datos en este último sentido para el 2002, pero para el 2019, se alude al 15.9%. Es un dato muy sugerente.<sup>9</sup>

Es pertinente poner atención en que en los hogares que no disponen de computadora, la principal razón que se argumenta tiene que ver con la “falta de recursos económicos”: de nuevo, para apreciar una situación polar, en 2001 la falta de recursos hizo que en 66.8% de los hogares no dispusieran de computadora; en 2019, persistiendo el problema, 53.3%. En segundo lugar, se encuentran quienes no saben usarla; en tanto ocupa un tercer lugar la población que señala que no les interesa aprender. Sin equipamiento y con hacinamiento en 36.53% de los hogares a nivel nacional, en tanto para la Ciudad de México se llega al 26.08%, la posibilidad, no digamos de un cuarto propio<sup>10</sup> para las actividades escolares, sino de un espacio que seguramente es multifuncional, pero en el que se puedan medianamente cumplir condiciones para la atención que exigen los programas educativos remotos, para la gran mayoría de estudiantes es, valga la redundancia, francamente remota.

Revisando las condiciones del acceso a las TIC en los medios rural y urbano, se alude a un porcentaje de población urbana con computadora y acceso a Internet y telefonía (incluyendo la móvil) de 50.9%, 65.5% y 95.7%, respectivamente. En lo que hace a la población rural, en los mismos rubros de contar con computadora, acceso a Internet y telefonía, de 20.6%, 23.4% y 81.1%. Vistos de esta manera los datos, dicen poco. Pero si consideramos que en información de 2014, se plantea tener una población de 119 millones 990 mil 073 habitantes en México, de los que 92 millones 191 mil 294 serían pobladores urbanos (76.8%) y 27 millones 798 mil 779 son habitantes rurales (23.2%), y que en datos de la ENDUTIH 2019, la proporción de acceso a Internet de la población urbana es de 76.6%, en tanto la población en zonas rurales tiene un acceso de 47.7%, significa que en las zonas rurales, 14 millones 538 mil 782 personas —saquemos a la población menor de edad y a los grupos de la tercera edad— están en

condición periférica en su acceso a Internet, mientras que en las zonas urbanas están excluidos 21 millones 572 mil 763 personas; igual hay que sacar a la población de menor y mayor edad. Veámoslo en negativo: 23.4% de la población urbana no tiene acceso a Internet, mientras que 52.3% de la población rural tiene este problema. Para los que se encuentran en esta situación, la conexión a los programas de educación remota se ve diluida por una realidad material en la que prima la pobreza.

Ahora, pensando en lo educativo, es pertinente reflexionar que los medios, que de manera principal se utilizaron para la conexión a Internet, en 2019, fueron el uso de celulares (Smartphone) con 95.3%; computadora portátil con 33.2%, y computadora de escritorio con 28.9%. Ganancias gigantes, convirtiendo el mundo en el paraíso de Silicon Valley, de un lado, precariedad, exclusión, déficit en *Offline Valley*, del otro.

Sin romper el hilo de la exposición, vale señalar que estos procesos de exclusión no son ajenos a las dinámicas desiguales citadas. Seguimos en la pista del capitalismo mutante, destacando los cambios en las formas de vigilancia. Pensando en una de las desembocaduras de la vigilancia y el castigo, Cunjamá y Loria (2010: 6) señalan: “La técnica de la vigilancia es un procedimiento que desde su invención ha sido perfeccionada y desarrollada sin cesar, por lo tanto, sus instrumentos y aparatos han pasado por el mismo proceso. De la torre vigía a las cámaras, del garrote a los inmovilizadores eléctricos”, agregando que “Las tecnologías de la vigilancia requieren de objetos a vigilar, el individuo se sujeta a ser vigilado en tanto permita ser objetivado por el ojo del vigilante, de esta forma puede ser captado por la mirada del otro”<sup>11</sup> (Cunjamá y Loria, 2010: 6). Elaborada en otro momento de la historia reciente —no de la pandemia—, pero esta posición permite establecer argumentos en torno a la contribución del sujeto en constituirse en sujetado. En un sentido similar, estableciendo conexiones entre la vigilancia y la ganancia, Gaytán (2010: 17) apunta que “La construcción sociomediática del sujeto peligroso produce una subjetividad del miedo despolitizador y descivilizador con fines no sólo de gubernamentalidad por parte del régimen urbano, sino que también significa un gran negocio, es decir, el miedo produce beneficios económicos a los dueños de la industria de la vigilancia”. Se trata de

reflexiones que ponen sobre la escena la erosión de la cohesión social, en particular que se expresan en las comunidades urbanas.

La vigilancia avanza sobre el terreno minado de la erosión social. Quizá algo similar ocurre actualmente, si suponemos que una sociedad con débiles nexos cooperativos y societales se materializa en prácticas y dispositivos tecnológicos que acentúan la disociación de los sujetos, privilegiándose prácticas individualistas, si aceptamos los planteos de Deleuze (1999): “Es sencillo buscar correspondencias entre tipos de sociedad y tipos de máquinas, no porque las máquinas sean determinantes, sino porque expresan las formaciones sociales que las han originado”. Siguiendo este filón analítico, las máquinas, concretamente el proceso colectivo de digitalización, proceso diseminado en grandes franjas sociales, constituyen el punto de articulación de y entre generaciones. Conexiones y puentes de vinculación y sedimentación de nuevos territorios culturales. Eso es lo que sin forzar el análisis se encuentra en el planteo de Braverman al hablar de generaciones no como grupos de edad específica, sino como grupos de personas que comparten territorios culturales y que están subsumidos en la lógica del capital, piensan desde esa lógica, reproduciéndole a partir de un arcoíris de prácticas sociales múltiples, de todo aquello que puede resumirse en la construcción de un nuevo hábito. No es coincidencia, sino entramado. No es aleatorio, sino vinculación, como atadura.

En la condición histórica actual, estamos más vigilados que nunca y aceptamos de manera tácita esa vigilancia (en momentos como condena, en otra con una complicidad abierta, sin problema).<sup>12</sup> No hay un centro y un orden a partir de esta centralidad, es una realidad policéntrica con múltiples influencias y determinaciones, y en ese sentido encierra una dimensión de complejidad difícil de aprehender. El presente está contenido en lo material; une a las generaciones a partir de artefactos, sentidos, necesidades, de exigencias convencionalmente aceptadas, de usos sociales de la tecnología. Para Womack, Jones y Roos (1992), el automóvil fue la máquina que cambió al mundo, como metáfora de la materialización de un paradigma sociotécnico cultural que atravesó la epidermis de la sociedad —el fordismo—, modificando el concepto de trabajo, los procesos de ocupación, las formas de vi-

gilancia y administración, el diseño de las ciudades, las ideas del tiempo y el espacio, los cambios en los mundos y modos de vida;<sup>13</sup> la sociedad digital está cumpliendo en este momento de la historia social, con una tarea similar a la que desempeñó el fordismo (el americanismo que planteaba Gramsci) en los albores del siglo XX, revistiendo a la sociedad de un nuevo hábito:

Asumiremos que los GAFA (*Google, Apple, Facebook y Amazon*), al reformatear el poder económico-político, redefinen el sentido social: los hábitos, el significado del trabajo y el consumo, la comunicación y el aislamiento de las personas. No son sólo los mayores complejos empresariales e innovadores tecnológicos, también reconfiguran el significado de la convivencia y las interacciones” (García Canclini, 2020: 15 y 16).<sup>14</sup>

Y aquí regresamos con Deleuze, para repensar la correspondencia entre la tecnología/máquinas y la sociedad, las formaciones sociales en curso.

Volvemos al argumento inicial. El capitalismo siempre ha vigilado, con un propósito central: que su condición esencial no se modifique. En las narrativas desde el *management* que ponen el acento en el comportamiento organizacional, se plantea como “la clave para lograr la efectividad”, entonces la tarea de los administradores es observar, responder y afrontar los diversos patrones de comportamiento que manifiestan los empleados (Ivancevich, 2006: 19). Asimismo, se plantea el comportamiento organizacional como una pieza central en la construcción de la cooperación y el encauzamiento del conflicto, “con la finalidad de aplicar estos conocimientos para mejorar la eficacia de dichas organizaciones” (Robbins, 2004: 8); “Se ocupa de la influencia que todos ellos (personas y grupos) ejercen en las organizaciones y de la influencia que las organizaciones ejercen en ellos” (Chiavenato, 2009: 6). En otra perspectiva teórica, “el enfoque formal y analítico de la planeación estratégica también puede usarse para predecir el comportamiento futuro de la compañía para ayudar a evaluar a los gerentes, superiores y medios, y para ayudar a extender el pensamiento de la alta administración más allá de sus horizontes corrientes” (Hofer y Schendel, 1988: 7). Son unos cuantos ejemplos, de un vasto

escenario, para ilustrar la vigilancia perenne. Empero, para mantenerse, sin paradojas, se debe cambiar:

Si bien a lo largo de la historia del capitalismo los enfoques relativos al *management*, las técnicas por él implementadas y algunos de los principios que lo rigen sufrieron cambios conforme han variado los usos productivos de la fuerza de trabajo y las relaciones entre trabajo y capital, el principio fundamental sobre el que se articula, la organización y control del trabajo a los fines de la valorización, se mantuvo inalterado. A partir de esta caracterización general podemos vincular el *management* con el concepto foucaultiano “tecnologías” (Zangaro, 2011b: 167).

A pesar de su relieve, y con lo último apuntado, podemos aproximarnos a una lectura sobre la vigilancia y su efecto en la construcción de orden y obediencia. Para ello siempre es útil recordar a Foucault (2002: 156): “El tiempo penetra el cuerpo, y con él todos los controles minuciosos del poder”.

Aludir al capitalismo de este momento histórico, que obliga mirar al pasado próximo, quizá para arribar al mismo planteo de N. Klein, de que “*la normalidad no es otra cosa que una `crisis permanente`*”, de allí la precaución de no pensar en volver a ella sin cuestionamientos,<sup>15</sup> exige preguntarnos sobre una nueva cuestión social, que entre sus filones principales conduce a pensar el denominado capitalismo de la vigilancia. Sobre esta discusión, una de las voces principales es la de Zuboff (2020), al ponderar el papel de la tecnología como motor de búsqueda en la retención de la información de los capitalistas de la vigilancia, señalando que estos últimos son los que realizan esta tarea. Una distinción de relieve, aunque elude que en la frontera pálida entre los usos de la tecnología y el capital está presente el problema ya planteado por el obrerismo italiano, de que en la tecnología se materializa la episteme del capital, lo que permite dilucidar la articulación entre plataformas que son máquinas de dinero y generadoras de adicción (sumisión) al mismo tiempo.<sup>16</sup> Desde ese ángulo, las aportaciones de Zuboff sobre el relieve del presente para comprender el comportamiento humano se extienden hacia la comprensión del negocio del futuro, en lo que se

refiere al “negocio” de la “venta de comportamientos futuros”. El sueño de las clases dominantes da un paso más en la posibilidad de controlar las distintas dimensiones de lo social, adelantándose a los acontecimientos, sometiendo desde la narrativa dominante los espacios de resistencia y encauzando la adaptabilidad.<sup>17</sup>

Pero es un paso en un territorio de exploración. El capitalismo de vigilancia no opera a partir del mandato de una estructura jerárquica visible (parte del capitalismo ilegible a que se refiere Sennett, 2009: 10), sí de una reconfiguración invisible del orden. Existen, por otra parte, sanciones normalizadoras, que en los nuevos tiempos fungen como medios de encauzamiento. Esa es una tarea inherente del capital.

Anotemos algo más sobre la vigilancia jerárquica, ejemplificando con la minoría compacta que se concentra en las más poderosas corporaciones. Korten (1998: 149), apunta que, con muy pocas excepciones, los cuadros directivos son “hombres blancos mayores de 50 años cuyas remuneraciones anuales promedian más de 170 veces el producto nacional bruto *per cápita* anual de Estados Unidos. Sus miembros lideran empresas que desaprueban el compromiso con los intereses nacionales y se preparan para obtener sustanciosas ganancias de la globalización económica”.

En un tono parecido, en el documental traducido como “El dilema de las redes sociales” —*The Social Dilemma*— (Orlowski, 2020), se alude a un puñado de 40 a 50 ingenieros, blancos, jóvenes, que son los que están comandando este proceso de control macro, a veces sin tener claridad de sus efectos y del sentido que está tomando su intervención ingenieril. Asimismo, como modelo de negocios, sin duda exitoso, pues genera máquinas de hacer dinero, para lograr su realización como modelo económico, apoyado en esquemas de tecnología de la persuasión, con el objeto de generar nuevos hábitos (Hugo Münsterberg, desde la psicología industrial, emparentado a las propuestas tayloristas, aludía sobre los hábitos como modulación y adaptación de comportamientos, a principios del siglo XX), en los que mantenerse encadenado a la pantalla sea parte de la normalización, al equipo digital cualquiera que sea. Las sanciones normalizadoras están contenidas en las

vistas, *likes*, llamadas, nuevos procesos de trabajo, en fin, la intromisión discreta del capital en todos los ámbitos de la vida. Hicimos referencia, líneas atrás, a la transformación de los mundos y modos de vida, en todos los ámbitos, incluyendo el manejo de las emociones. Los atracones de series a que se refería Han (2017) —en crecimiento exponencial en estos días—, por un lado, la emergencia de nuevos códigos de comunicación —un nealfabeto—, por otro, son lo ordinario, más todavía en la nueva situación social. La pregunta que surge, y está ligada a lo planteado en el documental de Netflix, se formula sin anestesia: “¿Cuánto de tu vida podemos hacer que nos des?”.

La televisión planteaba este reto hasta hace algunos años, llenando la programación de comerciales, pero también de fantasías (p. ej. Dewey en diálogo con Herbie,<sup>18</sup> en la serie de televisión *Malcolm el de en medio*), de allí su significación (las elaboraciones de Armand Mattelart y Ariel Dorfman son fundamentales, en una lectura desde América Latina, 1972 y 1974). Está en el pasado reciente, pero vale un poco jalonearlo para sorprendernos. Por ejemplo, con lo planteado por E. Galeano (“La Televisión”, *Mujeres*):

“Me lo contó Rosa María Mateo, una de las figuras más populares de la televisión española. Una mujer le había escrito una carta, desde algún pueblito perdido, pidiéndole que por favor le dijera la verdad:

—Cuando yo la miro, ¿usted me mira?

Rosa María me lo contó, y me dijo que no sabía qué contestar” (Galeano, 2019: 17).

¿Qué contestación es posible frente al impacto de la tecnología, su poder de penetración?

### ¿El huevo de la serpiente?

La cuestión social que está en escena como coyuntura, es un producto estructural. La foto del momento puede ser similar a lo planteado por Preciado (2020): “Cuando me acosté, el mundo era cercano, colectivo, viscoso y sucio. Cuando me levante, se había vuelto distante, individual, seco e higiénico”. Si somos rigurosos, en la cotidianidad prepanemia había múltiples sentidos y determinaciones, encuentros y desencuentros que permiten afirmar

que la circunstancia actual no es producto de la generación espontánea, sino del trabajo meticulado de la destrucción de la naturaleza, de la disminución del Estado, del avance de la tercerización, del peso del capitalismo, de las plataformas y en general de las corporaciones, del avance del teletrabajo, de la erosión de la zona de cohesión social, como planteaba Castel (2004) y de formas de vigilancia y encauzamiento social en perfección sin pausa, entre otras cosas. Aproximarse al fenómeno es una exigencia del presente. Los vistazos al pasado y a elaboraciones teóricas que reclaman su vigencia, pueden contribuir en una mejor comprensión. Es el caso de Foucault (1999), más allá del recorrido histórico que emprende desde el siglo XVIII, en el que surge un modelo de organización sanitaria que tiene correspondencia con la sociedad disciplinaria, destacan en el modelo distintas dimensiones: confinamiento estricto, cartografía del control, supervisión visible, información centralizada, control numérico de los vivos y los muertos, desinfección periódica de los espacios, en su conjunto como producto de la sociedad disciplinaria, regida por la vigilancia y el castigo. La razón del modelo se sustenta en el combate a la lepra y la peste. El discurso hegemónico se concreta en un modelo biologicista. Las autoridades sanitarias de los gobiernos son las encargadas de su aplicación (Espinosa, 2020b).

Acercémonos al Foucault (2002: 177) que alude a “una arquitectura que habría de ser un operador para la transformación de los individuos: obrar sobre aquellos a quienes abriga, permitir la presa sobre su conducta, conducir hasta ellos los efectos del poder, ofrecerlos a un conocimiento, modificarlos”. Vale señalar que se trata de una metáfora, no un producto de restirador y maqueta. Y esta es una tarea permanente del capital, sobre todo al tropezarnos con el argumento de que “Las instituciones disciplinarias han secretado una maquinaria de control que ha funcionado como un microscopio de la conducta; las divisiones tenues y analíticas que han realizado, han llegado a formar, en torno de los hombres, un aparato de observación, de registro y de encauzamiento de la conducta. En estas máquinas de observar, ¿cómo subdividir las miradas?, ¿cómo establecer entre ellas relevos, comunicaciones?” (Foucault, 2002: 178). Máquinas de observar, antesala de los hilos invisibles de las plataformas.

En el presente, hablamos de una vigilancia sutil, transparente, que en parte es alimentada por el propio sujeto observado, un sujeto sujetado. Sin llegar al nivel de interiorización generado en el contexto de la pandemia, podemos retomar la reflexión de Villamil (2008: 36): “Estamos asistiendo al extremo del sujeto sujetado en la propia intimidad de lo único que creíamos que nos pertenecía; el cuerpo. Sujeción del sujeto por su propio dominio, en la enajenación desde la intimidad de su territorio, el yo con sus tecnologías es llanamente el ajeno, el extranjero por ser el más próximo. El otro, signado y cifrado por las inscripciones del poder que lo devastan”.

Repetimos lo apuntado, sin ingenuidades, el capitalismo no ha dejado de vigilar, controlar y encauzar. Hay un perfeccionamiento continuo de los mecanismos de sometimiento, ahora el turno de la maquinaria invisible —como apuntamos, el capitalismo ilegible, de Sennett (2007)— para el sometimiento corporal (con un entrenamiento-confinamiento previo para engancharse a las redes), y psíquico. En palabras de Ramonet, en la misma pista, señala: “En la era de Internet, la vigilancia se ha vuelto omnipresente y totalmente inmaterial, imperceptible, indetectable, invisible. Además, ya es, técnicamente, de una excesiva sencillez” (Ramonet, 2016a: 13). Vale también reconocer que asistimos a un nuevo estadio de la lucha de clases, aunque aquí solamente lo enunciamos.

En los espacios organizados de la sociedad disciplinaria, destacados por Foucault en *Vigilar y castigar* (2002), el control y la vigilancia están presentes, trátase de escuelas (con reglamentos y una estructura para la mantención de la disciplina — los padres juegan un papel en ello—), hospitales o fábricas. La irradiación de lo disciplinario abarca al amplio conjunto social. Deleuze va a tener una posición crítica sobre los alcances de la sociedad disciplinaria:

Todos los centros de encierro atraviesan una crisis generalizada: cárcel, hospital, fábrica, escuela, familia. La familia es un “interior” en crisis, como lo son los demás interiores (el escolar, el profesional, etcétera) (...). Solamente se pretende gestionar su agonía y mantener a la gente ocupada mientras se instalan esas nuevas fuerzas que ya están llamando a nues-



tras puertas. Se trata de las *sociedades de control*, que están sustituyendo a las disciplinarias. “Control” es el nombre propuesto por Burroughs para designar al nuevo monstruo que Foucault reconoció como nuestro futuro inmediato (Deleuze, 1999).<sup>19</sup>

Sin desconocer la “crisis generalizada” de formas de organización, el argumento de Deleuze de que “En las sociedades disciplinarias siempre había que volver a empezar (terminada la escuela, empieza el cuartel, después de éste viene la fábrica), mientras que en las sociedades de control nunca se termina nada”, se presenta como una lectura mutilada, por ejemplo, presentar a la escuela, al cuartel o el espacio laboral como espacios disociados, compartimentalizados, dejando de lado el hilo invisible de una disciplina interiorizada.

Considerando este entuerto problemático, tanto la sociedad disciplinaria (Foucault) como la sociedad de control (Deleuze) son planteos analíticos que abordan y develan el tránsito de las formas de control del cuerpo al control del alma; de los *five dollars* de Ford, a la economía de las emociones; de la oficina pensante que respalde la separación entre concepción y ejecución, del ingeniero F. Taylor, a los laboratorios de pensamiento (*think tanks*) modernos; de los reglamentos de trabajo a la par de la exigencia de plegarias, a los manuales de procedimientos más los códigos de ética, como ha descrito V. de Gaulejac (2006).<sup>20</sup>

Tomando distancia del encorsetamiento de la coyuntura, abonando a la reflexión sobre la obsesión por la vigilancia del capital, reflexionemos en lo apuntado por Marx (1976: 218) hace más de un siglo: “Lo que diferencia unas épocas de otras no es *lo que se hace, sino cómo*, con qué medios de trabajo se hace. Los medios de trabajo no sólo son escalas graduadas que señalan el desarrollo alcanzado por la fuerza de trabajo humana, sino también indicadores de las relaciones sociales bajo las cuales se efectúa ese trabajo”. Asistimos, entonces, más allá de la importancia en los cambios en los medios de trabajo, a las modificaciones en los “indicadores de las relaciones sociales bajo las cuales se efectúa ese trabajo”. El siglo xx se inaugura con nuevas formas de encauzar a los trabajadores, por un lado, confrontando los saberes empíricos —y con ello las seguridades, la sensación de la lima

amplificada—, con disposiciones meticulosas que surgen desde la Administración Científica del Trabajo —y el fordismo y la Escuela de las Relaciones Humanas—, pasando por los planteos de las Nuevas Formas de Organización del Trabajo. Gasparini (1998), aludía al nuevo género de prisión y al nuevo género de carcelero que emergía de la experiencia industrial, reflexión que bien puede ajustarse a la condición presente: “Esta mutación se ha extendido y amplificado más durante la gestión de la crisis de la COVID-19: nuestras máquinas portátiles de telecomunicación son nuestros nuevos carceleros y nuestros interiores domésticos se han convertido en la prisión blanda y ultra conectada del futuro” (Preciado, 2020a).

Así, los teóricos de la administración —en la pista histórica de los paradigmas gerenciales—, con todas las diferencias que pueda haber entre ellos, coinciden en la necesidad de incrementar la producción y la calidad en los procesos, para lo que es necesario rehacer los cauces del orden, de la “normalidad”. La vigilancia indiscreta de Taylor, la vigilancia discreta de Mayo, la autovigilancia y el asociacionismo gerencial —vía los círculos de calidad, los equipos de trabajo y/o la flexibilidad y el involucramiento—<sup>21</sup> son correlato del capitalismo (o imperio) de la vigilancia; no se aleja de parte de sus propósitos centrales, de devenir en enriquecimiento y, por ello, del control.

Así, un poco más de cien años después de lo planteado por Lenin, retomando a Ramonet, somos testigos de nuevos procesos de concentración —las corporaciones digitales, como el mejor ejemplo—, con crecimientos exponenciales de ganancias y esferas de influencia que retan al poder de los Estados, corregimos, son parte de los Estados:<sup>22</sup> “(..) en el capitalismo, después de la era del carbón y del acero, la del ferrocarril y la electricidad, y la del petróleo, llega la hora de los datos, la nueva materia prima dominante en la era postpandémica. Bienvenidos al capitalismo digital” (Ramonet, 2020).

Si a principios del siglo xx la disputa por las materias primas y los mercados condujo a la confrontación militar, en esta coyuntura no está presente este riesgo a nivel general, aunque según Chomsky (2021), sí hay condiciones de una guerra civil en Estados Unidos<sup>23</sup> —en las que, a propósito del

planteo temático que estamos realizando, han contribuido decisivamente las redes sociales—. Lo que sí es evidente en la historia corta, es que “la disputa social de fin de siglo se concentra en la apropiación y producción de información, con lo cual la centralidad del antagonismo se desliza de las esferas de la producción material a los terrenos de la creación simbólica. Atisbándose así, el paso de una sociedad del trabajo a una sociedad del conocimiento” (Mora y Rodríguez, 2006: 61).

Desde antes de la pandemia hay trazos del avance de una nueva economía: “la nueva economía no está cimentada en los recursos naturales o materias primas sino en los flujos digitales de información”, señalarán Mora y Rodríguez (2006: 61). En concordancia con esta línea de reflexión, Rosembuj (2019) manifiesta que “La mercancía informacional no es una mercancía física o material ni un servicio. Es un bien de información digital o virtual, de formulación y naturaleza intangible, abocado al comportamiento futuro de la persona, que aspira a predeterminar y cambiar. Un mercado de futuro sometido a la construcción interesada de la sociedad algorítmica, de inspiración oligopólica, pero de difusión universal”, abrevando el autor de la sugerente discusión sobre el capitalismo de la vigilancia.

Pero para soportar y consolidar este despliegue del capital, como apunta Varela (2005: 27), es necesario cubrir distintas condiciones:

Las empresas productoras de intangibles buscarán como objetivo principal generar una enorme red de usuarios, esto es, se empeñarán para que su producto se encuentre instalado en la mayor cantidad de computadoras que sea posible. Con ello se busca que, a través de la ubicuidad, su producto sea conocido, explorado y dominado por un segmento cada vez mayor de consumidores. Por tanto, el valor de los intangibles no estará determinado por su escasez sino por su exacta antípoda: la diseminación y utilización a gran escala.

Desde la economía, las tecnologías para alcanzar las metas de subordinación-control-integración se han ido modificando, no así la esencia para el capital de producir y disponer de fuerza de trabajo *ad hoc*. En la complejidad moderna, en este contexto de confinamiento, la tarea histórica sigue vigente.

Como una preocupación de larga data, se ha señalado en otras reflexiones (Espinosa, 2013) que, en el avance implacable del tiempo, a fines del siglo XX se consideraba fundamental erigir sujetos autónomos, creativos, flexibles. Marcando una distancia frente a la narrativa taylorista, lo que supone del lado gerencial cambios a su vez fundamentales, se aprecia la edificación de nuevas normas y formas de dominación, incluso algunas de ellas producidas desde el propio sujeto, disminuyendo la fuerza de la exterioridad. Sobre el nuevo capitalismo, plantea Castel (2004: 16) que salimos del capitalismo industrial y entramos en un nuevo régimen capitalista que sin duda es menos importante nombrar que comprender cómo y en qué medida afecta las maneras de producir y de intercambiar y los modos de regulación que se habían impuesto bajo el capitalismo industrial. Pero las líneas sobre el capitalismo que estamos refiriendo se apoyan en el capitalismo enunciado, superándolo.

La gravitación de las corporaciones digitales es manifiesta. Han incrementado su ganancia, como su influencia, su capacidad de encauzar sentidos. Para lograrlo, como planteaba Ramonet, por ejemplo, “*Google lo sabe todo de ti*” —lectura fundamental para comprender parte de los nuevos hechos sociales—, así como en una entrevista —ambas elaboraciones en 2016—, en ésta se afirmaba que las empresas vigilaban mejor que los Estados, pero funcionan articuladamente): “Antes la vigilancia era un fantasma, un temor paranoico porque era imposible vigilar a todo el mundo. Hoy la vigilancia es posible”, señala Ramonet. Imposible “vigilar a todo el mundo”, pero en los espacios de la ordenación cotidiana esto transcurre por otros rieles. Totalmente emparentado a lo planteado en el ya famoso documental de Netflix, en el que se afirma que “todo lo que se hace en línea es rastreado, es registrado, es medido”.<sup>24</sup>

### **A manera de consideraciones finales y puntos de arranque**

El entrenamiento para el proceso de interiorización de las nuevas reglas del capital —lo legible y lo ilegible—, gradual y sucesivo, concretado en el tránsito de la sociedad disciplinaria a la sociedad *managerial*, cumple ordinariamente con las metas:

control, encauzamiento y ganancias. Ahora, en el campo de juego, “las técnicas de administración pierden su carácter disciplinario. La vigilancia ya no es física sino comunicacional. Si bien, en algunos aspectos la vigilancia sigue siendo ininterrumpida —gracias a las placas magnéticas, a los teléfonos celulares, a las computadoras, a los aparatos de radiollamadas— en realidad se efectúa más sobre los resultados del trabajo que sobre las modalidades” (De Gaulejac, 2006: 415 y 416).

En las nuevas condiciones manageriales, siguiendo a Zangaro, “es el individuo quien se controla a sí mismo. Es decir, la obsolescencia de los dispositivos propia de la sociedad disciplinaria queda expuesta ya que la actividad de control es ejercida por los propios hombres” (González, 2015: 231). Más allá del trabajo, aparentemente pasa lo mismo, el sujeto se sujeta a sí mismo al ordenador; el móvil fija al sujeto. Hasta ahora la vigilancia jerárquica ilegible y el encauzamiento digital machacón, ha devenido en “implicación”, autovigilancia, encadenamiento de angustia y confrontación, una y otra vez, por ganar un espacio laboral, sin la certeza de seguridad laboral —con el horizonte disminuido de certidumbre—, y con un control personal del tiempo en entredicho —aunque no se vea así—, dado el peso de las tecnologías de control electrónico.

Marx, en la tercera de las Tesis sobre Feuerbach, apunta: “La teoría materialista de que los hombres son producto de las circunstancias y de la educación, y de que, por tanto, los hombres modificados son producto de circunstancias distintas y de una educación modificada, olvida que son los hombres, precisamente, los que hacen que cambien las circunstancias y que el propio educador necesita ser educado”. Distancias tajantes frente al reproducciónismo, con esto simplemente queremos señalar que no se trata para nada de una historia concluida. Aprovechando las tecnologías del control, se han organizado cientos de encuentros, conversatorios, seminarios, que han puesto en el centro del debate el problema del control, de los cambios bruscos en los procesos de trabajo, del peso de las plataformas en el quehacer económico y en la cultura, entre otras.

Desde la crítica, N. Klein, por su parte llama a la prudencia de no pensar que el retorno a la normali-

dad es miel sobre hojuelas, dudando de la “normalidad” prepandemia.

Escrito mucho antes de la situación actual, vale recordar lo enunciado por Cunjamá y Loria (2010: 11) “debemos de cuidar que los vigilantes, sin importar quienes sean, no utilicen la información para fines personales y hagan de la vigilancia un negocio, por tanto, se hace necesario vigilar a los vigilantes”, por lo que “Somos NOSOTROS, PERSONAS dotadas de RAZÓN, quienes tenemos que repensar y restringir radicalmente el capitalismo destructivo” (Han, 2020: 111).

Preciado (2020) por su parte, señala que “es imperativo cambiar la relación de nuestros cuerpos con las máquinas de biovigilancia y biocontrol: estos no son simplemente dispositivos de comunicación. Tenemos que aprender colectivamente a alterarlos”. Parte de esta tarea se materializa en los esfuerzos de grupos cooperativos que impulsan plataformas libres.

Ramonet (2020), concluye en un sentido similar a Preciado, de que bajo el pretexto de la pandemia se produzcan regresiones, erosión de la democracia, disminución de los derechos humanos, entre otras, y una central para los fines de la exposición: la normalización de la “cibervigilancia de masas”.

Miramos solamente una parte del problema. La discusión sobre el confinamiento en términos sanitarios-políticos no fue abordada. Asimismo, centramos la discusión en el capitalismo de vigilancia, tocando sucintamente al denominado capitalismo de plataformas, la “uberización” de lo social, al capital cognitivo, coincidiendo con Morozov en el argumento de una visión limitada de Zuboff sobre el propio capital, al no entenderlo como una relación social, y del relieve de la creación de plusvalor, bajo la premisa de que en “el capitalismo, quien obtiene un excedente conductual apropiado es de importancia secundaria; lo que importa es quién consigue apropiarse la plusvalía propiamente dicha —y, por tanto, quién permanece en la posición de seguir haciéndolo a largo plazo—” (Morozov, 2019), concluyendo con el propio Morozov en que el capitalismo de la vigilancia tiene una larga historia, es decir, “ha estado operando durante varios siglos: el Leviatán invisible lleva con nosotros bastante tiempo”. Hay mucho por discutir sobre esto. En resumen, el poder de las corporaciones digitales no

puede explicarse sin atender las contradicciones sociales —la disolución de lo social y la desigualdad social, p. ej.—. Valga este ejercicio como un llamado a mirarnos hacia adentro y revisar las condiciones de gestación del proceso que prohijó el huevo de la serpiente.

## Notas

<sup>1</sup> Este trabajo, con modificaciones, fue originalmente presentado en el XVIII Congreso Internacional de Análisis Organizacional “Transformaciones y nuevas formas de organización a dos décadas del siglo XXI”, México, octubre 2020.

<sup>2</sup> Repensemos en este sentido el planteo de Foucault: “La vigilancia pasa a ser un operador económico decisivo, en la medida en que es a la vez una pieza interna en el aparato de producción y un engranaje especificado del poder disciplinario” (Foucault, 2002: 180-181).

<sup>3</sup> Siguiendo esta línea de análisis, pensando en el modelo educativo, Giroux (1985) apunta que “las relaciones de la enseñanza y la experiencia subyacente están animadas por el poder del capital para suministrar diferentes habilidades, actitudes y valores a estudiantes de diferentes clases sociales, razas y sexos. De hecho, las escuelas no sólo reflejan la división social del trabajo, sino que también reflejan la estructura de clases que se da más ampliamente en la sociedad. El cuerpo teórico que arroja luz sobre la conexión estructural e ideológica entre las escuelas y el lugar de trabajo es la noción de los planes de estudio ocultos [hidden currículum]”.

<sup>4</sup> “(...) el nivel de predominio del capital financiero en la actualidad es abrumador y constituye el eje central de la acumulación contemporánea hasta prácticamente reducir la producción de objetos materiales o inmateriales a la periferia en la búsqueda de rentabilidad. El semicapitalismo se ha convertido en el punto máximo de abstracción del capital impactando directa y fulminantemente sobre individuos que viven, cada vez más, en el interior de realidades virtuales y bajo el signo de la desmaterialización de los vínculos intersubjetivos” (Forster, 2018: 16 y 17).

<sup>5</sup> “La cuarentena global está amenazando, a lo largo y ancho del planeta, la supervivencia económica de innumerables empresas de entretenimien-

to, cultura y ocio (teatros, museos, librerías, cines, estadios, salas de conciertos, etcétera). En cambio, mastodontes digitales como Google, Amazon, Facebook o Netflix, que ya dominaban el mercado, están viviendo un grandioso momento de triunfo comercial. La descomunal inyección de dinero y sobre todo de macrodatos que están recibiendo les van a permitir desarrollar de modo exponencial su control de la inteligencia algorítmica” (Ramonet, 2020).

<sup>6</sup> Cf. Martínez, 2018.

<sup>7</sup> En información periodística (*El Universal*, 2 de febrero 2021), se señala que Bezos deja el cargo de CEO de Amazon pasando a ocupar el puesto de director ejecutivo. En 2020, obtuvo en sus negocios 200 mil millones de dólares, creciendo su riqueza 68%, colocándose como el segundo hombre más rico del mundo, detrás de E. Musk.

<sup>8</sup> No es parte de la ficción la imagen que viene a la cabeza de millones y millones de sujetos pegados (sujetados) a las pantallas -conectados a redes interminables, y a estímulos que generan adicción, lo que desde las diferentes perspectivas sobre la salud exigen un punto de encuentro para realizar tareas meticulosas de lo que está generando- por cuestiones de trabajo y/o recreación. La vieja discusión de J. P. Sartre respecto a la construcción de posibles, nos pone en tensión sobre la importancia de lo que plantea, al mismo tiempo de la necesidad de acudir a otras anteojeas analíticas para describir la complejidad del presente: “(...) la verdad de un hombre es la naturaleza de su trabajo y es su salario. Pero la define en la medida en que la supera constantemente con su práctica (...) esa superación no es concebible sino como una relación de la existencia con sus posibles (...). El campo de los posibles es así el fin hacia el cual supera el agente su situación objetiva” (Sartre, 1995: 78 y 79).

<sup>9</sup> Respecto a su impacto en lo educativo, Casanova Cardiel plantea: “En el caso de la educación superior se ha hecho patente la supremacía del *software* propietario (Zoom, Google, YouTube) por encima de las modalidades libres. Así, las plataformas privadas han incursionado en los espacios personales e institucionales apropiándose y mercantilizando los datos de los particulares. Los corporativos informáticos fundan su acción en un

modelo empresa-cliente que es transferido a la educación en una lógica en la que el conocimiento y la información devienen en mercancía” (La educación de 2021: igualdad social y tecnología, *La Jornada*, 9 de enero 2021). Vale agregar que lo planteado por Casanova es el correlato de una brecha abierta por los denominados *Massive Online Open Courses*: “Lo que está en juego detrás de los MOOC no es la democratización del conocimiento, sino el control de la certificación del conocimiento (...) lo que se disputa ahora en la economía del conocimiento, es el control del mercado de formación mundial, por un puñado de marcas” (Gascón y Cepeda, 2015: 27). Frente a este aparente caos, vale pensar que los objetos cobran significado sí y sólo sí en relación con otros objetos. Aparentemente se trata de hechos desconectados, pero desde esta perspectiva en que nos situamos, están claramente vinculados.

<sup>10</sup> Inevitable recordar el sentido de V. Woolf (*Un cuarto propio*), poniendo atención en la falta de condiciones materiales y sociales para la incursión de la mujer en los distintos planos de la vida social, así como la referencia de Emily Dickinson que hace P. Auster (2016: 176) en *La invención de la soledad*: “pensó en los mil setecientos poemas que se habían escrito allí e intentó verlos como parte de esas cuatro paredes (...) el mundo ya se encontraba allí, en aquella habitación”.

<sup>11</sup> En especial cuando todos somos vigilantes. “Una de las perversiones de nuestras sociedades de control es esta: hacer que los ciudadanos sean vigilantes y sean vigilados al mismo tiempo.” (Ramonet, 2016a: 84).

<sup>12</sup> Snowden (2019: 182 y 183), que algo sabe de esto, lo plantea con claridad: “Me preguntaba qué sentido tenía agobiarme tanto con la vigilancia gubernamental cuando mis amigos, vecinos y conciudadanos metían la vigilancia corporativa en sus casas tan alegremente, dejándose rastrear mientras buscaban cosas en la despensa como si estuviesen buscando algo en la red, con la misma eficacia. Quedaría aún media década más hasta que llegase la revolución domótica, hasta que ‘asistentes virtuales’ como Amazon Echo o Google Home fuesen más que bienvenidos en los dormitorios y colocados con orgullo sobre las mesitas de noche para registrar y transmitir toda actividad dentro de

un radio de acción determinado, y grabar todas las costumbres y preferencias (por no mencionar los fetiches y manías) que luego se desarrollarían en algoritmos publicitarios y se convertirían en dinero”.

<sup>13</sup> “Con el tiempo, no sólo las necesidades materiales y de servicio sino incluso los marcos emocionales de la vida son canalizados al través del mercado” (Braverman, 1987: 318), lo que en el caso de las tecnologías digitales y su intromisión en todos los rincones de la sociedad, “supone una autentica invasión de la vida privada de los ciudadanos por una serie de detectores, generalmente invisibles y conectados unos por otros, con capacidad para escudriñar todos los actos y gestos (Ramonet, 2016a: 71), lo que no es otra cosa sino la mercantilización del todo social.

<sup>14</sup> Apuntando en la misma dirección: “En nuestra vida cotidiana dejamos constantemente rastros que entregan nuestra identidad, dejan ver nuestras relaciones, reconstruyen nuestros desplazamientos, identifican nuestras ideas, desvelan nuestros gustos, nuestras elecciones y nuestras pasiones” (Ramonet, 2016a).

<sup>15</sup> Cf., Yaccar, 2020.

<sup>16</sup> Aquí sólo lo enunciamos como problema: la tecnología persuasiva está generando adicción. No es la hipnopedia, pero estando en condición de desvelo, coadyuva en la materialización de sueños, preocupaciones, ansiedades por medio de los artefactos tecnológicos. De allí el relieve del argumento planteado en “El dilema de las redes sociales”: “pasamos de un entorno tecnológico basado en herramientas a un entorno basado en la adicción y manipulación”.

<sup>17</sup> Snowden (2019: 310) hace una crítica a los alcances del capitalismo de la vigilancia: “Una vez que excavas en los mecanismos técnicos reales con los que se calcula la predictibilidad, entiendes que su ciencia es en realidad anticientífica, y su nombre, un error mortal: la predictibilidad es manipulación”. Los usos sociales de la tecnología para encauzar comportamientos hacen acto de presencia desde hace varios años, y de manera principal en el contexto de la crisis sanitaria mundial. La evidencia empírica de sus alcances se encuentra en el encadenamiento ordinario a tablets, ordenadores, teléfonos inteligentes. Esta concatenación tecnológi-

ca como control social acepta lo multívoco en los gustos y búsquedas, encauzándoles, a la par de que como modelo de negocios es harto generoso para el gran capital.

<sup>18</sup> <https://www.youtube.com/watch?v=Mq1l0z9SW-s>

<sup>19</sup> En esta veta de la discusión, Franco y Gonçalves (2005: 268) señalan: “Gilles de Deleuze vislumbra que la sociedad contemporánea no se constituye desde bases disciplinarias (el confinamiento, el encierro), sino, mucho más, desde el control continuo y las comunicaciones instantáneas (máquinas cibernéticas, computadoras, robótica, mass-mediatización) en espacios abiertos”. En el mismo nivel analítico, se destaca: “Dentro de la era digital, el control ya no se fija en un espacio determinado (cárceles, manicomios, hospitales, asilos, etcétera), ahora se encuentra en todas partes. Las formas de control de la modernidad han sido sustituidas, aunque no por completo, por nuevas lógicas vaciadas en sentidos tecnológicos” (Cunjamá y Loria, 2010: 9).

<sup>20</sup> Los códigos de ética son la expresión de los paradigmas gerenciales, no simplemente documentos para justificar que hay preocupaciones en ese orden por parte de la gerencia. La aportación de Ibarra (1994: 16) apunta en ese sentido: “Paradigmas que dominan el pensamiento gerencial, entendiendo que estos sintetizan las ideas esenciales a partir de las cuales se ve el mundo y se concibe al propio ser. Son sistemas de valores que perfilan una interpretación del mundo, definiendo los límites de la acción al establecer un código ético que debe ser respetado”. Siguiendo esa línea de reflexión, atendamos la influencia creciente del pensamiento managerial, en el entendido de que la importancia del corporativo (de la empresa) desborda sus fronteras de influencia, p. ej., en la naturalización de un sistema de descripción, explicación e interpretación del mundo a partir de las categorías de la administración, invadiendo el mercado de las ideas en la sociedad contemporánea.

<sup>21</sup> “La implicación es un proceso que demanda poner en juego en el trabajo la fuerza de voluntad, que hace que producir resultados se transforme en una necesidad imperiosa. (...) recurriendo a la introspección y a la autodisciplina, la implicación induce a tomar en las propias manos el control de

desempeño, la responsabilidad de la propia tarea y, usando términos de la lógica clásica de gestión, la responsabilidad por la propia motivación” (Zan-garo, 2011a: 180).

<sup>22</sup> La tenue frontera entre lobby y presencia real al interior de las estructuras del Estado. Más allá de su resolución, es muy sugerente el apunte que hace Korten (1998: 148): “En 1970, sólo algunas de las 500 compañías de Fortune tenían oficinas de relaciones públicas en Washington, pero en 1980, sobrepasaron el 80%”. Todo esto para señalar la gravitación creciente de los lobbies empresariales.

<sup>23</sup> Cf. Yaccar, 2021. Al momento que se escribió este texto aún no se producía la toma del Capitolio ni la censura a D. Trump en los medios electrónicos (estando todavía como presidente), en particular al quitarle su cuenta de twitter. Aun con la resolución formal del problema (la asunción de J. Biden como presidente de EE.UU.), los riesgos planteados por Chomsky siguen latentes.

<sup>24</sup> “Las nuevas tecnologías han permitido el establecimiento de un hiperpanoptismo, un verdadero Big Brother orwelliano. La observación es constante, pero diferenciada del viejo panoptismo, ahora ya no sólo se observa a la persona, ahora se incluye su historia, sus gustos, sus necesidades, sus temores, sus amistades. Todo esto, por medio de información que la persona va dejando en su ejercicio socioeconómico cotidiano” (Cunjamá y Loria, 2010: 10).

## Fuentes bibliográficas

- Auster, P. (2016), *La invención de la soledad*, España: Seis Barral.
- Bourdieu, P. (1990), *Sociología de la cultura*, México: Grijalbo.
- Braverman, H. (1987), *Trabajo y capital monopolista. La degradación del trabajo en el siglo XX*, México: Nuestro Tiempo.
- Carr, Edward H. (1984), *¿Qué es la historia?*, España: Editorial Ariel.
- Castel, R. (2010), *El ascenso de las incertidumbres. Trabajo, protecciones, estatuto del individuo*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Castel, R. (2004), *La metamorfosis de la cuestión social: una crónica del salariado*, Buenos Aires, Argentina: Paidós.

- Coriat, B. (1982), *El taller y el cronómetro. Ensayo sobre el taylorismo, el fordismo y la producción en masa*, México: Siglo XXI.
- Chiavenato, I. (2009), *Comportamiento organizacional. La dinámica del éxito en las organizaciones*, México: McGraw Hill.
- De Gaulejac, V. (2006), "Management y comunicación: del poder disciplinario al poder managerial: el poder de la comunicación", en: Páramo, Teresa (coord.), *Sociedad y comunicación. Una mirada al siglo XXI*, México: UAM/Plaza y Valdés.
- Deleuze, G. (1999), "Post-scriptum sobre las sociedades de control Post-scriptum sobre las sociedades de control", en: *CONVERSACIONES 1972-1990*, Valencia, España: PRE-TEXTOS.
- Dorfman, A. y A. Mattelart (1972), *Para leer al Pato Donald*, México: Siglo XXI.
- Dorfman, A. y M. Jofré (1974), *Superman y sus amigos del alma*, Buenos Aires, Argentina: Galerna.
- Etzioni, A. (1986), *Organizaciones modernas*, México: UTEHA.
- Forster, R. (2018), Prólogo en *¿Por qué (no) leer a Byung-Chul Han?*, 1ª ed., Buenos Aires, Argentina: Ubu Ediciones, p. 160.
- Foucault, M. (1999), "La política de la salud en el siglo XVIII", en: *Estrategias de poder, Obras esenciales*, vol. II, Madrid: Paidós Básica.
- Foucault, M. (2002), *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, México: Siglo XXI.
- Franco, S. y Gonçalves L. (2005), "Clínica laboral: nuevos abordajes clínicos y organizacionales para los síntomas contemporáneos", en: Schvarstein, Leonardo y Luis Leopold (comps.), *Trabajo y subjetividad. Entre lo existente y lo necesario*, Argentina: Paidós, pp. 265-295.
- Galeano, E. (2019), *Mujeres*, Argentina: Siglo XXI.
- García C. N. (2020), *Ciudadanos remplazados por algoritmos*, Alemania: CALAS.
- Gasparini, G. (1998), "Temps et travail en Occident", en Jean-Francois Chanlat, (ed), *L'individu dans l'organisation, Les dimensions oubliées*, Les Presses de l'Université de Laval/Éditions Eska, Montreal.
- Han, Byung-Chul (2017), *La sociedad del cansancio*, España: Herder Editorial.
- Han, Byung-Chul (2020), "La emergencia viral y el mundo de mañana", *Sopa de Wuhan*, Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio.
- Hofer, C. W. y D. Schendel (1985), *Planeación estratégica: conceptos analíticos*, Colombia; Norma.
- Ivancevich, J.; R. Konopaske y M. T. Matteson (2006), *Comportamiento organizacional*, México: McGraw Hill.
- Korten, D. C. (1998), *Cuando las transnacionales gobiernan el mundo*, Chile: Cuatro Vientos Editorial.
- Lenin, V. I. (1916), *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, Méxicco, Quinto sol.
- Marx, C. (1976), *El capital. Crítica de la economía política*, tomo I, México: Fondo de Cultura Económica.
- Marx, C. (1978), *Tesis sobre Feuerbach*, México: Ediciones de Cultura Popular.
- Orlowski, J. (2020), *El dilema de las redes sociales —The Social Dilemma—*, Plataforma Netflix, 1 hora 34 minutos.
- Ramonet, I. (2016a), *El imperio de la vigilancia*, Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Capital intelectual.
- Robbins, S. (2004), *Comportamiento organizacional*, México: Pearson Prentice Hall.
- Sartre, J-P. (1995), *Crítica de la razón dialéctica*, Tomo I, Editorial Losada, Buenos Aires.
- Sennett, R. (2007) *El nuevo capitalismo*, Barcelona, España: Anagrama.
- Sennett, R. (2009), *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*, Barcelona, España: Anagrama.
- Snowden, E. (2019), *Vigilancia permanente*, Barcelona, España: Planeta.
- Womack, J., D. Jones y D. Ross (1992), *La máquina que cambió el mundo*, España: MIT, McGraw Hill.
- Zangaro M. (2011a), *Subjetividad y trabajo. Una lectura foucaultiana del management*, Buenos Aires, Arhentina: Ediciones Herramientas.

### Publicaciones periódicas

- Casanova, H. (2021), "La educación de 2021: igualdad social y tecnología", *La Jornada*, 9 de enero.

- Cunjamá L., E. Daniel y Loria Caballero, I, H, (2010), "Sociedad de la vigilancia y Estado policial: Análisis de las tecnologías y aparatos de control", *El Cotidiano*, núm. 161, mayo-junio, pp. 5-11.
- Espinosa Yáñez, A. (2013), "El capitalismo que cambia. Sus efectos diversos en el tiempo y el espacio laboral mexicano", *Análisis Organizacional*, vol. 1, núm. 5, pp. 39-80.
- Gascón M., P. y J. L. Cepeda Dovala (2015), "MOOC: la sociedad del conocimiento frente al mercado y la hegemonía", *Veredas, Revista del pensamiento sociológico*, núm. 30, México: UAM-Xochimilco, pp. 15-32.
- Gaytán S. P. (2010), "Vigilar y negociar. Imaginario sociomediático de la seguridad pública y campo vacío ciudadano", *El Cotidiano*, núm. 161, mayo-junio, pp. 13-22.
- Giroux, H. (1985), "Teorías de la reproducción y la resistencia en la nueva sociología de la educación: análisis crítico", en: *Cuadernos políticos*, México: ERA, pp. 36- 65.
- Ibarra, E. (1994), "Organización del trabajo y dirección estratégica. Caracterización de la evolución de los paradigmas gerenciales", en: *Argumentos para un debate sobre la modernidad. Aspectos organizacionales y económicos*, Serie de Investigación 13, México: UAM-I.
- Mora Heredia, J. y Rodríguez G. R. (2006), "Conocimiento e información en la sociedad global", *El Cotidiano*, vol. 21, núm. 139, septiembre-octubre, pp. 60-74.
- Ramonet, I. (2020), "La pandemia y el sistema-mundo", *La Jornada*, 25 de abril.
- Ramonet, I. (2016b), "Google lo sabe todo de ti", *La Jornada*, 6 de febrero.
- Rosembuj, T. (2019), "La nueva fiscalidad para el capitalismo de vigilancia. La imposición al excedente de comportamiento", *El Fisco*, 3 de mayo. España: Università Luiss Roma.
- Varela Orozco, M. (2005), "Internet como plataforma de la Nueva Economía", *El Cotidiano*, núm. 130, UAM-Azcapotzalco, marzo-abril, pp. 24-30.
- Villamil, R. (2008), "A propósito de Foucault: de las sociedades fuertemente represivas a las altamente disciplinarias". (Subjetivación y dispositivos de poder) *El Cotidiano*, núm. 152, UAM-Azcapotzalco, noviembre-diciembre, pp. 31-41.
- Yaccar, M. D. (2020), "Naomi Klein: lecciones de la pandemia y la urgencia de un plan de reparación", 19 de septiembre, p 12.
- Yaccar, M. D. (2021), "Noam Chomsky: 'Hay riesgos inminentes de una guerra civil en Estados Unidos'", 24 de agosto, p. 12.
- Zangaro, M. (2011b), Subjetividad y trabajo: el management como dispositivo de gobierno, *Trabajo y Sociedad*, vol. XV, núm. 16, Argentina: Universidad Nacional de Santiago del Estero Santiago del Estero, pp. 163-177.

### Otras fuentes

- Espinosa Yáñez, A. (2020a), "Computadoras y celulares en México. Detrás de lo que vemos", *El Universal*, 06 agosto. <https://www.eluniversal.com.mx/opinion/alejandro-espinosa-yanez/computadoras-y-celulares-en-mexico-detras-de-lo-que-vemos>
- Espinosa Yáñez, A. (2020b), "La salud. Una mirada retrospectiva y los nuevos tiempos", *El Universal*, 3 de julio. <https://www.eluniversal.com.mx/opinion/alejandro-espinosa-yanez/la-salud-una-mirada-retrospectiva-y-los-nuevos-tiempos>
- González, N. L. (2015), "De las tecnologías de poder a las tecnologías del yo: reflexiones en clave foucaultiana sobre las técnicas de administración empresarial", *Trabajo y Sociedad Sociología del trabajo – Estudios culturales – Narrativas sociológicas y literarias NB - Núcleo Básico de Revistas Científicas Argentinas (Caicyt-Conicet) N° 24*, Verano, [www.unse.edu.ar/trabajosociedad](http://www.unse.edu.ar/trabajosociedad), Argentina: Santiago del Estero.
- Martínez, J. (2018), "Bezos no está solo: 6 de los 10 más ricos del mundo son creadores de tecnológicas", *La Información*, 18 de junio. <https://www.lainformacion.com/empresas/bezos-paige-brin-bill-gates-ricos-tecnologicas-bloomberg-google-microsoft-facebook/6352552/>
- Morozov, E. (2019), "Los nuevos ropajes del capitalismo" (Parte II), *El Salto Diario*, 12 de marzo. <https://www.elsaltodiario.com/tecnologia/evgeny-morozov-nuevos-ropajes-capitalismo-zuboff-surveillance-capitalism-ii>
- Preciado, Paul B. (27 de marzo 2020), "La conspiración de lxs perdedorxs", <http://lobosuelto.com/>



la-conspiracion-de-lxs-perdedorxs-paul-b-preciado/.

Preciado, Paul B. (29 de marzo 2020a), "Covid: Aprendiendo del virus", <http://lobosuelto.com/covid-aprendiendo-del-virus-paul-b-preciado/>

Zuboff, S. (2020), <https://www.dinero.com/internacional/articulo/que-es-el-capitalismo-de-la-vigilancia-segun-shoshana-zuboff/267736/> Consulta 9 de junio.